

Artistas, visionarios y una metáfora no solicitada

Alberto Vergara

(Artículo aparecido en el libro *El fútbol peruano: protagonistas de su historia* de Antenor Guerra-García, 2017)

El fútbol es una de las raras actividades que nos acompaña, igualita, toda la vida. Para quien fue futbolero, la pelota es ilusión perpetua. Cualquier pichanguita de barrio puede merecer un alto para ver un poco de fútbol. En la calle pateamos latas y piedras, las cuales clavamos en el ángulo de un arco imaginario que cargamos desde siempre. Y si de adultos ya no pintarrajeamos las paredes de la sala ni jugamos a las escondidas, vemos y jugamos fútbol con la misma ilusión infantil. Ni padres ni hijos nos acompañan en la vida de inicio a fin. Solo el fútbol.

Un porcentaje ínfimo de niños se convierte en futbolista profesional. Para ellos el juego muta en profesión. Pero para la mayoría de nosotros el fútbol nunca deja de ser diversión. Es el tiempo libre y feliz de quien escapa de un salón de clases o del maldito trabajo. Lo veas o lo practiques, siempre es juego. En mi caso, el juego mayor ocurría en los ochenta cuando de niño peregrinaba en las noches de verano al colegio Carmelitas para ver fulbitear a los hermanos Rey Muñoz, a Motta, al pato Cabanillas, entre otros artistas. Lo ignoraba entonces, pero aquello era una escuela estética y ética. Mi patria es una huacha para atrás.

Es el futbolista artista quien nos conecta con la ilusión infantil del verbo jugar. El correlón y el cancerbero, más que jugar, cumplen una función. Sabemos lo que harán. El juego, en cambio, es libertad incierta: ¿Qué hará Riquelme?, ¿Qué hará Cueto?, ¿Qué hará Messi? En la rutina del fútbol prefabricado, el artista nos regala la insurrección del amague o el riesgo irresponsable --pero también libre y soberano-- de salir jugando. Jugando. Y el estadio, en eléctrica comunión, ruge un imprevisto ¡ole! Todos jugamos.

Nuestro futbolista artista juega con verbos importados del arte. *Dibuja* como Humareda, la *toca* como Oscar Avilés, *baila* a rivales con pasos de don Amador Ballumbrosio y *brinda un recital* como García Zarate. Nos recuerda que es día de fiesta. De los trece que ha recopilado Antenor Guerra García, yo recuerdo con especial cariño a tres: al diamante, al poeta y al chorrillano. El lector se habrá dado cuenta de que solo uno es artista con carnet: el poeta. En el Perú cuando se evoca al "poeta", así, sin más, solo pueden ser tres: Vallejo, el poeta de la Ciudad y Los Perros, o Cesar Cueto, el poeta de la zurda.

Ahora bien, Cueto era artista como el resto, pero no era *solo* un artista, era un visionario. Si el artista puede celebrarse con unas coplas, el visionario precisa de una épica. Para entender la diferencia trasladémonos al teatro de los sueños del (triste) peruano futbolero. Son dos teatros, en realidad, y hemos

visto la obra mil veces: el Parque los Príncipes en 1982 y el Monumental de River en 1985. Julio Cesar Uribe y Cesar Cueto son actores principalísimos en ambas funciones.

En Paris hicieron la luz. Ni siquiera hace falta ver el video para recordar los toques, goles y amagues. Diablo Uribe, que arranca y engancha, acelera y vuelve a frenar. Hay un pobre defensa francés con el número 4 que intenta seguirlo, pero ahora Uribe le aplica su célebre cuchara y al francés se le nota clarita la cara de *c'est quoi ça?*, porque al hombre nunca nadie lo había driblado en tiempo de panalivio. Y el resto se suma al festejo. La tocan, dibujan, mandan. Y así anotan el gol del triunfo. Son diez, quince, toques, finos, precisos. Desde nuestra cancha hilvanan pase a pase un ataque letal y peruano, con taco de Cueto y enganche de Uribe que ahora se la pasa a Malásquez, el flaco se la entrega a Cueto con un micro-pase que es nostalgia bella y pura del pistazo, y la pelota regresa a la zurda del poeta y el país completo es una veredita alegre que sonrío cuando tu pie la acaricia... Pero atención, Cueto podría tocarla chiquitita de nuevo y no lo hace, el poeta le pega tremendo *up-grade* a nuestro ADN pericotero: lanza la pelota larga y transforma lo de siempre en lo de nunca, porque allá lejos, en la *rive gauche* de la cancha, casi fuera del encuadre televisivo, Oblitas ya empezó la carrera y la pelota de Cueto viaja treinta o cuarenta metros para que el ciego la controle y cruce en gol histórico.

El ministro de economía Alfredo Thorne ha rescatado de dicho gol su carácter colectivo. Casi todo el equipo la toca y el país, o sea nosotros, deberíamos aprender de ese ejemplo. Pero hasta un ministro de economía puede equivocarse: ese gol se debe menos a la cadena de toques cortitos del ballet nacional, que a la cabeza única del maestro Cueto, quien pudiendo proseguir la estirpe fulbitera decide romper con ella e inventa un destino distinto e inesperado. A diferencia de todo el resto elige ser, además de artista, visionario: ve a Oblitas donde nadie más lo veía y nos ofrece un futuro diferente. A todos.

Y lo repite en el último episodio relevante del futbol peruano. Ya no en el Paris de Platini sino en el Buenos Aires de Maradona. El contexto es conocido: Perú debe ganar el partido para ir al mundial de 1986. Comenzamos perdiendo. Empatamos cuando Cueto se la tira a Uribe que la baja de cabeza para Velásquez quien la mete de macho en esa área chica y enfangada. Otra vez Cueto y Uribe. Al rato se juntan de nuevo. Estamos empatados. Se juega sobre un lodazal. En el centro de la cancha la pelota queda dividida, Cueto se la gana a Maradona, en un metro cuadrado de barro denso como el petróleo Uribe y Cueto la tocan, la pelota regresa al poeta, Giusti y Garré van a por él con furia, pero Cueto, más torero que nunca, los supera como si con la misma chicuelina desairara a dos miuras. En medio de semejante caos, Cueto vuelve a imaginar nuestro porvenir, enfila con decisión hacia el área contraria y con la cara externa de la zurda traza nuestro destino. Lanza el pase. Como una flecha rasante viaja esa pelota, se infiltra en la defensa argentina, busca a Barbadillo, ni los backs argentinos ni el barro argentino logran

detener esa pelota, y no lo consiguen porque ese balón envenenado ya dejó de ser un balón, esa pelota es un pueblo en comunión, ahora la alcanza Barbadillo, desparrama a Fillol, la clava arriba, ¡gol de Perú! El visionario lo hizo de nuevo: éramos apenas una colección de individuos y Cueto nos soñó e hizo nación.

Cuando Cueto toca la pelota cortita y de taco nos representa porque pone en escena lo que somos o creemos ser. Pero cuando se la tira larga a Oblitas en Paris, cuando la infiltra entre los centrales argentinos en busca de Barbadillo, ya no solo nos representa, nos constituye en algo nuevo. Es artista como otros, pero es visionario como ninguno. Hila nostalgia y futuro. Es visionario porque incrusta serenidad en el caos natural del futbol. En medio de correrías, patadas y cansancio, el visionario consigue el triunfo improbable de la razón.

Luego Cueto se retiró y se llevó los zaguanes y los patios encantados, las plazuelas y los amores soñados. Nuestra media cancha quedó entre tinieblas. El grande y querido Chorrillano Palacios nos representaba, pero no era visionario. Su arte era el *chorrigolazo*. No era el oráculo que calma la angustia colectiva del desorden. Son más de tres décadas sin ir a un mundial. Son también tres décadas sin visionario. ¿Y no es esta carencia acaso una gran metáfora del Perú contemporáneo? Corremos y corremos, crecemos y crecemos, pero el malestar no nos abandona. Tanto en el país como en el futbol parecíamos haber abrazado el nombre de aquel programa de televisión inventado por Les Luthiers: El que piensa pierde. Un secreto lazo pareciera unir el elogio permanente del emprendedor con la ausencia de luz. Un lazo discreto pareciera atar nuestro futbol de correlones atarantados a un país embalado y sin norte.

Pero nadie solicitó aquí una metáfora sociopolítica. Dejemos de pensar que es hábito de viejos. Que ruede la pelota que es ilusión de niños. Hay trece artistas calentando.